

Es también rutina periodística publicar en el diario operativos policiales mostrando la captura de bandas delincuenciales. Y lo más chocante es el desfado de los presos, que exhiben con orgullo sus atemorizantes tatuajes o sus gestos de pandilleros y ríen divertidos, como si se tratara de un juego.



El Salvador está clasificado como un país de alto índice de violencia. Los expertos son acuciosos en desentrañar las causas de este trágico problema. Secuela de la guerra, pobreza agravada, influencia de pandillas norteamericanas, carácter agresivo de la población...

Lo más preocupante es la escala ascendente de las expresiones de violencia. Es raro hallar a un ciudadano común que no haya sido víctima de un robo o asalto a mano armada. La sensación de inseguridad se ha apoderado de la población como un elemento con el que hay que resignarse a convivir.

Dejando aparte la magnitud de los índices, el mismo problema se encuentra en cada país centroamericano.

Esta cara violenta de nuestra sociedad tiende a opacar la otra dimensión, la de la gente sana moralmente. La mayoría de los jóvenes viven

NO CON GOLPES

Es casi una rutina diaria encontrar en los periódicos de El Salvador relatos de crímenes, algunos realmente macabros, muchos de ellos teniendo a jóvenes como protagonistas ya sea como víctimas o como asesinos.

su realidad entre alegrías y anhelos propios de su edad, con sueños y esfuerzos, sensibles a lo religioso y generosos en su ilusión por servir.

¿Qué hacer ante esta marejada de violencia creciente? La desesperación ante la gravedad del problema está empujando en algunos países a soluciones radicales, de dudosa legalidad: echar a la cárcel a todo sospechoso de ser marero. Soluciones de mano dura.

Podemos también encerrarnos en nuestras casas fortificadas, o discutir alarmados el fenómeno y sus causas.

Los salesianos, junto a otras muchas instituciones cívicas y religiosas, nos arremangamos los brazos y salimos a ofrecer soluciones alternativas.

Una de ellas son los dos relictos Centros Juveniles Don Bosco, nacidos bajo el apoyo de los gobiernos de España y El Salvador.

Tres salesianos más un equipo de cooperadores salesianos y otros laicos impregnados de la espiritualidad salesiana se han metido de cabeza en el absorbente proyecto de ofrecer una ambiciosa propuesta a todos, particularmente a los jóvenes, sanos o desviados.

La ilusión es crear espacios vitales de convivencia estimulante generadora de valores humanos y cristianos, irresistible por la combinación de ética y estética, deporte y superación, alegría y cariño.

¿Funcionará? Los jóvenes están llegando como moscas a la miel.

Heriberto Herrera